

ESTÍMULOS DESDE EL ARCHIVO

(III Parte y Final)

Además de los datos numéricos, en mis papeles del ISPLITA encontré **dos textos sin firma**, redactados por la misma persona. Uno sobre la mentalidad religiosa en general y otro sobre la mentalidad religiosa por grupos especiales; ambos referidos a Cuba, por supuesto. No recuerdo si fueron parte de alguna ponencia, ni puedo afirmar categóricamente quién los escribió. Después de leerlos varias veces, tengo la impresión de que su autor es -a) alguien que ya tenía una cierta edad (por la forma vivencial con la que se refiere a etapas anteriores relativamente lejanas; p.e. a la crisis provocada por «el machadato», o sea, a treinta años antes del ISPLITA); -b) alguien que ocupaba una posición de alta responsabilidad en la Iglesia en Cuba (dada la seguridad y autoridad con las que se expresa); -c) alguien que manejaba bien y apreciaba mucho los resultados de la encuesta realizada por la Agrupación Católica Universitaria (ACU) en 1957. Conociéndole el estilo y el pensamiento y teniendo en cuenta las consideraciones anteriores, me aventuro a sugerir, **como hipótesis**, que el autor de estos textos fue Monseñor Fernando Azcárate S.J., Obispo Auxiliar de La Habana en ese momento y motor principal de dicho encuentro, con el apoyo, siempre discreto, del entonces Arzobispo Monseñor Evelio Díaz y, evidentemente, del resto de la Conferencia Episcopal y del Encargado de Negocios a.i. de la Santa Sede, Monseñor Cesare Zacchi. Trataré de resumir esos dos trabajos, incluyendo algunas citas de los mismos. No repito los datos de la encuesta de la ACU porque alargarían este artículo y pienso que pueden ser consultados en alguna parte.

El autor inicia su **primer texto** con el juicio de que *«los resultados de la encuesta parecen ser muy fieles a la realidad cubana en materia de religión»*. Sin embargo, acerca del número escaso de espiritistas y santeros, el autor, seguro de que la cantidad real era más numerosa que la que aparece en la encuesta, afirma *«la posible vergüenza del sujeto en confesarlo»*. No olvidemos que, en el momento de la encuesta, en las capas más cultivadas y más altas económicamente de la población cubana, se consideraba que las diversas formas de sincretismo religioso eran «cosa de negros» (y había un racismo larvado en Cuba) o de personas socialmente marginadas e incultas.

El autor pasa luego a analizar las causas históricas de la acti-

tud religiosa del cubano, caracterizada por un cierto distanciamiento entre su fe y la institución «Iglesia Católica», remontándose -con razones para ello- a los tiempos de la colonización española, que *«con su mezcla de grandezas y de miserias, de impulsos evangelizantes y sórdidas ambiciones materiales, nos da la primera ruptura entre el supuesto oficial y lo realmente vivido»*. En ese marco, se refiere al catolicismo oficial, a los gobiernos absolutistas, a la esclavitud, etc. No falta una mención amplia y elogiosa al Padre Félix Varela y hace un elenco de factores que continúan influyendo en el pueblo cubano y en su religiosidad, a pesar del transcurso de los años: *«el toque anticlerical, el conflicto psicológico entre ideas patrióticas y religión para los católicos fieles y poco reflexivos, un escepticismo para con las cosas políticas en particular, ... la ideología librepensadora de los líderes mambises y el factor supersticioso o de sincretismo religioso...»*

Hace algunas observaciones interesantes sobre lo que llama *«la veta sensual del cubano»*, señalada como una de las razones por las que *«el cubano no será nunca un buen teólogo, aunque sí puede ser un cristiano fervoroso»*. Subraya, asimismo, *«la ineficacia general de la enseñanza religiosa... el divorcio tácito entre la Iglesia y el pueblo en materia de devociones. La tributada a Nuestra Señora de la Caridad del Cobre no fue auspiciada con calor sino hasta hace muy poco. Nos atrevemos a decir que entre católicos de clase media y alta esa devoción era considerada plebeya»*.

Un divorcio análogo existía, siempre según nuestro autor anónimo, entre la Iglesia y la veneración por algunas figuras nacionales, refiriéndose *per longum et latum* a José Martí, *«la gran figura nacional, la única con rango universal en lo histórico y lo cultural... lectura indispensable para empaparnos de las esencias nacionales... era raro, si no inexistente, el que hubiera hecho esas lecturas -se refiere a Martí en sus propios textos- y conociera a Martí fuera de los manuales de Historia de Cuba y Cívica, en las escuelas católicas. Había en la mentalidad católica al uso un prejuicio contra Martí y la insurrección librepensadora y masónica. El clero y el profesorado de las escuelas católicas era predominantemente español. No se impusieron los católicos la tarea de catolicizar la lucha independentista y entresacar lo cristiano perdurable en Martí, que es el núcleo central y persistente de su palabra y de su acción, a pesar de sus ideas liberales y sus ataques a la Igle-*

sia. En ese terreno los católicos simplemente se replegaron y así estuvieron casi hasta 1930, cuando empiezan los Caballeros Católicos a dar su fruto, pues la Asociación se planteó primordialmente una actitud cívica, de rescate de la patria para el catolicismo...»

En ese primer texto, alude rápidamente a otros factores de «alejamiento»: la necesidad de contar con algunos recursos económicos para poder estudiar en escuelas católicas y la dificultad de las mismas en admitir a negros, así como «la nota de desarraigo, de la pérdida paulatina de las costumbres cubanas y de la suplantación gradual y progresiva de la tradición hispánica -de una buena parte de la población, no de la Iglesia como tal- por la influencia no ya económica o política, sino vital de los Estados Unidos».

Luego concluye: «Por todo lo repasado, no es de extrañar la actitud pasiva, casi indiferente y a veces divertida con que, al aparecer la revolución socialista, el pueblo cubano asistió a los ataques sistemáticos y organizados contra la Iglesia, a la expulsión de sacerdotes y a la nacionalización de las escuelas religiosas... la actitud de los católicos prácticos ha sido la siguiente: unos se han sumado paulatinamente al marxismo, otros tomaron el camino del exilio y de los que han quedado; es un pequeño núcleo, preponderantemente juvenil, el que ha cerrado filas en el amor a Cristo, a su Iglesia y al prójimo, dando testimonio de fe y de vida, ajeno por completo a motivos de oposición política».

Luego analiza la etapa que discurre desde «el machadato» hasta la instalación del Gobierno Revolucionario y destaca el trabajo positivo de las asociaciones de laicos de la época y «la modificación lograda del punto de vista del medio hacia el catolicismo». Concluye ese primer texto con una referencia a la etapa revolucionaria. Afirma que durante los dos primeros años de esta etapa, no hubo problemas notables en relación con la Iglesia, pero, al hacer referencia al Congreso Católico de 1959 y a la procesión con la imagen auténtica de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, observa que en ella «...se unieron indiscriminadamente y portaron también sus cartelones, masones, ateos y católicos fríos. Nos permitimos juzgar que no precisamente por desinteresados y piadosos motivos. Entre los que recordamos que estaban presentes no se dio ninguna conversión.» De los dos años posteriores, 1961 a 1963, o sea, inmediatamente anteriores al encuentro pastoral, sostiene: «...hay una fuerza hostil perfectamente organizada y actuante con todo sistema y diligencia para sus fines, la primera fuerza propiamente organizada con la que tropieza el catolicismo en Cuba; hay una enorme mayoría de la población, adolescentes y jóvenes sobre todo, que sobre una mente desnuda de toda preparación cultural y religiosa, va recibiendo las enseñanzas del manual materialista, unido esto a que de hecho esa juventud tiene resuelto su problema económico y su ubicación futura en la vida; y hay, por último, una minoría infima de católicos que persiste y ahonda en su fe, pero que encuentra dificultades serias para su expansión catequística y apostólica y para su debida preparación intelectual desde el punto de vista religioso. Así como dificultades para la práctica sacramental por la escasez de cle-

ro. Es de resaltar, no obstante, la alegría y el entusiasmo de los jóvenes católicos del momento, que evidencia que la Gracia se derrama dondequiera que una oquedad lo reclama».

En el segundo documento -sobre la mentalidad religiosa de grupos especiales- nuestro autor anónimo se refiere a: universitarios, profesionales, obreros, obreros calificados, masa del pueblo y trabajadores agrícolas. Sus observaciones se fundamentan en la encuesta de la ACU de 1957, en algunas referencias históricas y en su criterio personal (sobre todo cuando el punto de mira es la etapa revolucionaria, de 1959 a 1963). Cito dos señalamientos del autor. En relación con los universitarios, después de hacer historia y de referirse a las dificultades que confrontan los católicos en el momento, señala: «Un valor positivo del sistema, que no hay que despreciar, es la aplicación que exige en los estudios. El indolente cubano es obligado a estudiar y se le despierta una inesperada pasión por la lectura. Siendo toda verdad obra del Espíritu Santo, esa concepción veraz en sí misma es francamente positiva. La inercia tropical ha sido sacudida. Por dondequiera se ve a los jóvenes católicos organizando cursillos y proveyéndose de textos cristianos serios, en sustitución de la pobre literatura pseudopiadosa al uso.»

Esa fue la realidad que yo también percibí cuando llegué a Cuba en el verano de 1963, unida esta observación a la de un sorprendente «moralismo» que, en las becas universitarias llegaba a ser un puritanismo casi victoriano. Eran los tiempos, cuando me inicié como Párroco de Santa Fe, Punta Brava y Guatao, en los que no se podía estar en short o trusa o sin camisa por la calle, ni siquiera en playas como Santa Fe; las prendas propias del baño de mar se podían llevar solamente en la costa y dentro de la casa. A quien pretendiera circular en público con ellas, se le imponía una multa de cinco pesos de entonces... Eran los tiempos de la ilegalidad del aborto; los médicos que lo practicaban sabían que ponían en riesgo el ejercicio futuro de su profesión... *Quantum mutatus ab illo!*

Con respecto a la masa del pueblo, concluye nuestro autor: «En resumen, poco o nada de instrucción religiosa, y acogida tradicional y emocional de la religión.»

Estábamos a sólo tres años de la nacionalización de las escuelas católicas, de la salida masiva y de la expulsión de numerosos católicos laicos y de los ataques frontales a la Iglesia, que todavía continuaban. Sin embargo, la Iglesia no sepulta su aliento en el polvo, sino que se dispone a recuperarse, con los medios que cuenta en el momento y en la situación real de nuestro país, sin quimeras acerca de cambios inmediatos en la misma. Contabiliza sus miembros efectivos y los considera una cantidad mínima (y era mucho mayor de lo que es ahora, después del incremento de los últimos años; quien lo dude, compare los datos que cité en el artículo anterior con la realidad actual de nuestras Misas dominicales, matrimonios y bautizos). Pero la Iglesia no se arredra. Además, se expresa sin acidez, sin amarguras; es autocrítica y no escatima los elogios de la situación, adversa para la Iglesia, si le parece positiva para el pueblo en términos globales.

¿No es todo ello estimulante? Somos miembros de esa misma Iglesia local y de ese mismo pueblo, del que con gozo formamos parte. Si bien es verdad que la situación de la Nación ha cambiado y que nuestra Iglesia, sustancialmente igual, no tiene aquellas mismas características de los esperanzadores años 1964 y 1965, pues su historia de estos treinta años le ha marcado el alma, es también cierto que su identidad permanece intacta. La hemos visto manifestarse en el ENEC I y en el ENEC II y la estamos viendo en el esfuerzo misionero que prepara la visita del Santo Padre a Cuba que determinará -no lo dudo- una nueva primavera para nuestra Iglesia y -¿por qué no decirlo?- también para nuestro pueblo entero. Entonces, cuando se redactaron mis papeles hoy amarillentos, estábamos todavía en 1964 y en la primera mitad de 1965...

Viviríamos después, en el terreno civil: la transformación del Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba en Partido Comunista de Cuba (oficialización ya no del socialismo, sino del marxismo-leninismo, o sea del socialismo con un estilo análogo al de la ahora inexistente Unión Soviética); las salidas masivas de cubanos por Camarioca y Varadero y Mariel y el goteo incesante de exilios desgarradores para el que se va y para el que se queda y para la Patria; el inicio y la feliz desaparición de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción; la batida, indirecta y eficaz, contra nuestros centros de enseñanza del catecismo y contra los grupos parroquiales de jóvenes, sustancialmente disminuidos en menos de un año (de algunas parroquias desaparecieron por completo); la nacionalización del Seminario «El Buen Pastor»; la posibilidad, buena en sí misma pero ambigua en sus resultados debido al contexto sociopolítico y económico, de restaurar la comunicación entre los familiares de una y otra orilla de nuestro pueblo; el penosísimo incidente del 11 de abril de 1966, nunca esclarecido posteriormente de modo convincente, de la incautación de la Iglesia de San Francisco (devuelta a la Iglesia 20 años después) y de la prisión del Padre Miguel A. Loredó O.F.M., acusado de haber dado refugio en el convento anexo al templo (convento que nunca ha sido devuelto) a alguien que había llegado a matar por intentar «piratear» un avión, lo que costó a Miguel Ángel 10 años de presidio y, al menos indirectamente, ha estado en la raíz de su exilio posterior en New York; el incremento de los nexos de Cuba con lo que fue llamado «el bloque socialista» -que ya no existe-, pero que trajo consigo la expansión ideológica y estructural, en nuestro país, del marxismo-leninismo, con sus componentes ateos y antirreligiosos; la participación de cubanos en las guerrillas de América Latina y en las guerrillas y guerras de África, con el costo elevado de la muerte de tantos compatriotas, entre los que cuento al Doctor Ernesto Guevara, el Che, cuyos restos ya han sido recuperados por sus familiares, sus amigos y por Cuba. Además, dichas guerras y guerrillas tuvieron consecuencias, a veces irreparables, para la estabilidad de las familias de quienes participaron en esas gestas.

La enumeración de vivencias de diversos colores, no bien conocidas por los más jóvenes, podría prolongarse, pero no lo creo necesario. Las mencionadas son suficientes para que po-

damos entender el por qué del desgano, de la apatía, de la desconfianza, que observamos frecuentemente en amplios sectores de nuestro pueblo y, consecuentemente, de nuestra Iglesia. Razones hay también, sin embargo, para mantener el ánimo en alto; algunas de índole sobrenatural y son las que nos nacen de la certeza en el Amor inefable de Dios; otras, de naturaleza «terrenal», derivan de nuestra identidad de cubanos, de nuestra historia remota y reciente. Me parece que todos las conocemos suficientemente, aunque a veces se nos oculten en medio del difícil quehacer cotidiano.

Vivimos ahora el «período especial», con sus dimensiones positivas y negativas para la calidad de la vida del cubano medio. Estos últimos han sido también los años de reforzamiento del embargo o bloqueo norteamericano, ya existente en 1964, pero duramente incrementado con posterioridad.

En el terreno «mixto», de relaciones entre la Iglesia y el Estado, de diálogo entre Fe y Marxismo, de una mejor comprensión de «lo religioso» (sea católico o no) por parte de las instancias gubernamentales, el camino de estos treinta años, a mi entender personal, aunque zigzaguante, ha sido ascendente durante los años más recientes. No hemos alcanzado una situación plenamente satisfactoria, pero el diálogo, meándrico pero sostenido, nos ha conducido a la ya cercana visita de Su Santidad Juan Pablo II a Cuba, **impensable hace muy poco tiempo... impensable en 1964 y 1965.**

Tengamos siempre presente que este pueblo es el mismo que supo recuperar su vida propia después de la arrasadora Guerra de Independencia de la intervención norteamericana; es el mismo que, después de la crisis del «machadato», entró también por senderos de recuperación y de reconciliación nacional y se dio a sí mismo una Constitución más que aceptable, la de 1940, que lamentablemente se vio reducida, en buena parte, a programa incumplido durante los únicos doce años en los que estuvo vigente; es el mismo pueblo que supo levantarse enérgicamente contra el gobierno militar de Fulgencio Batista para restaurar el «estado de derecho» y poner coto a la corrupción y a la injusticia social imperantes. Es el mismo pueblo que, a pesar de sus dificultades, históricas y actuales, y de los bandazos, también históricos y actuales, vive ahora sus, quizás, mejores posibilidades de independencia y soberanía, que se incrementarán si se logra manejar sabiamente la situación interna y las relaciones internacionales de interdependencia múltiple. Y esta Iglesia es la misma que, en todas las nuevas situaciones originadas por cambios, desde los tiempos de la colonia hasta nuestros días, ha vivido altibajos pero, siempre, finalmente, ha logrado una inserción o encarnación evangélica y evangelizadora en el nuevo marco de su vida.

¿Somos o no la misma Iglesia que en nuestro encuentro pastoral del verano de 1965, el de mis papeles viejos, celebró su Fe y se dispuso a hacerla presente, con fidelidad exquisita y con el gozo de la esperanza, en la nueva sociedad cubana que daba entonces sus primeros vagidos? ¿Somos o no la misma Iglesia del ENEC I y del ENEC II, de los que no hemos extraído aún todos los zumos posibles? ¡Sí, somos la misma Iglesia, que ahora -quiera Dios que también con fidelidad y gozo y sabiduría incrementados por su mayor experiencia- recibe a Juan Pablo II! ¡Estimulante! ¿Sí o no? □

La Habana, 7 de agosto de 1997.